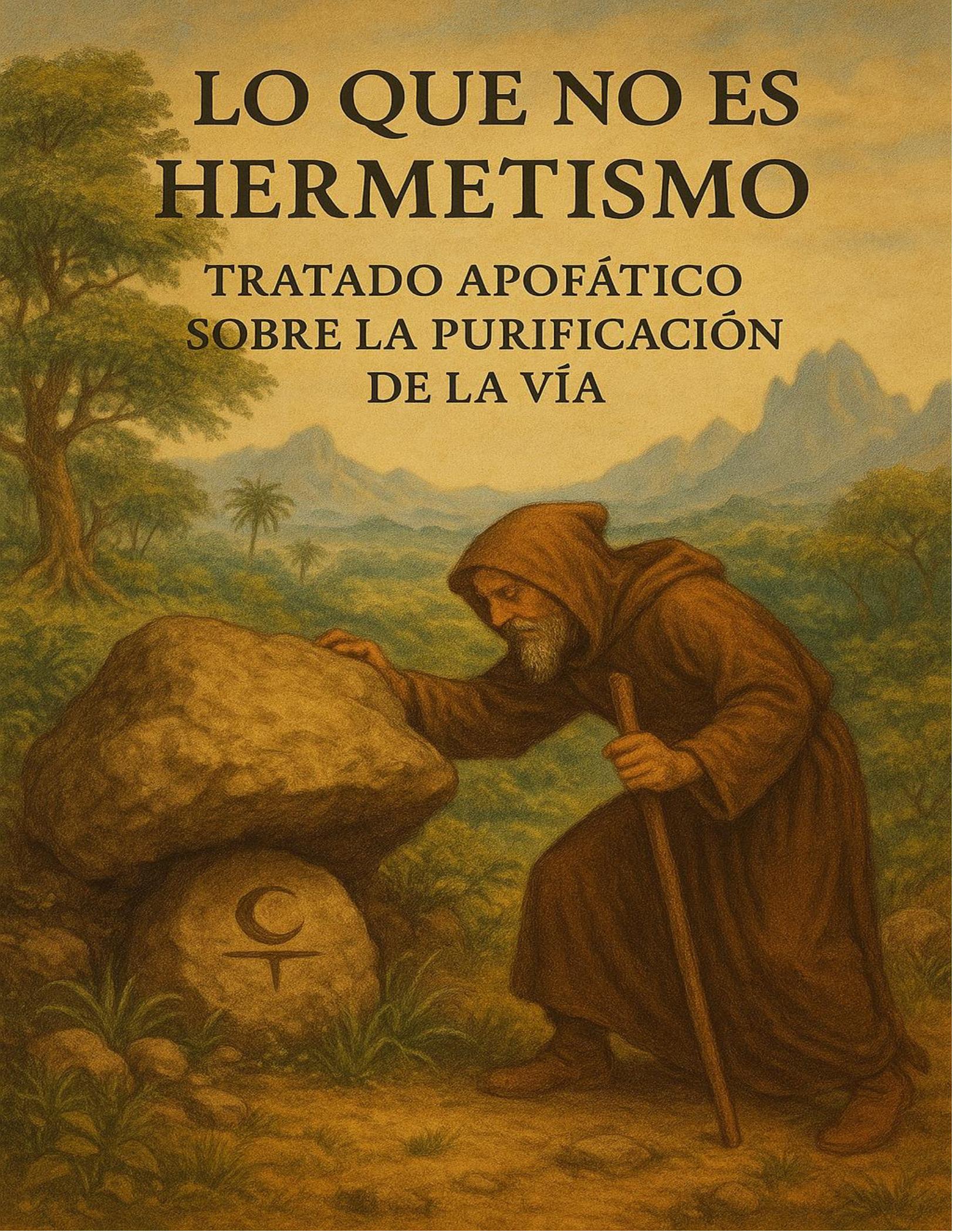
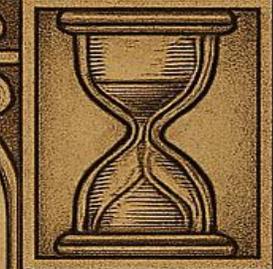


LO QUE NO ES HERMETISMO

TRATADO APOFÁTICO
SOBRE LA PURIFICACIÓN
DE LA VÍA





Introducción: *El Silencio del Uno y la Necesidad de la Vía Apofática*

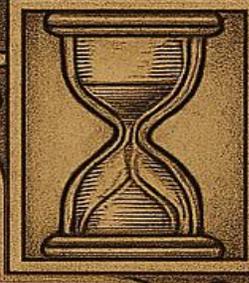
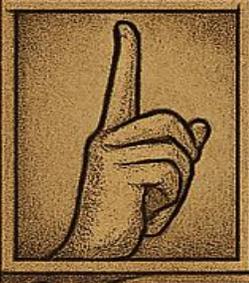
En el corazón de toda auténtica teología hermética reposa un axioma incuestionable: el Uno es inefable. No por carencia de expresión, sino por sobreabundancia de ser. Su realidad excede los márgenes de todo lenguaje, no porque esté ausente, sino porque está demasiado presente como para ser atrapada en la red de signos. A este principio de trascendencia absoluta se le conoce como vía apofática, o ciencia del despojo, del desaprender, del desnudarse interior para presentarse ante la Presencia sin velo.

Las palabras, los símbolos, los himnos, incluso los rituales más sacros, son útiles en la medida en que no se absolutizan, sino que se comprenden como fases provisionales en la educación del alma. En la tradición hermética no se enseña para llenar, sino para vaciar el vaso; no se transmite doctrina para acumular conceptos, sino para consumir lo ilusorio y preparar el regreso al Silencio primordial. El símbolo auténtico es aquel que devora su propia apariencia, que muere en el alma del iniciado para dejar en pie la Nada radiante del Nous.

Este tratado se alza como pedagogía del desapego simbólico. No por desprecio al símbolo, sino por fidelidad a su verdadera función: conducir más allá de sí mismo.

La vía negativa es, entonces, la pedagogía suprema del alma hermética, aquella

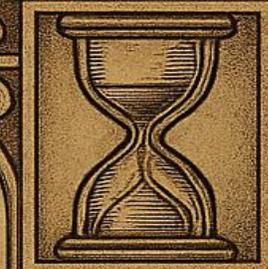




que se atreve a recorrer el desierto del no-saber, a silenciar las voces interiores, a destruir los ídolos conceptuales, y a dejarse habitar por la Verdad sin forma.

La apofasis no niega por negar, sino para abrir espacio a lo Real. La negación en ella es un arte, una alquimia verbal que transmuta lo múltiple en unidad, lo dicho en silencio, lo humano en divino. Al final, el iniciado descubrirá que el verdadero lenguaje de Hermes no fue nunca una doctrina, sino una presencia luminosa que habita el no-decir, una luz que brilla en la noche del alma cuando todos los nombres han sido abandonados.





Capítulo I: Inflación simbólica vs Ontología hermética

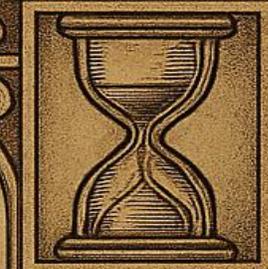
Mucho de lo que hoy se llama "hermetismo" es en realidad un laberinto de símbolos sin centro. Son máscaras huecas, imágenes que giran sobre sí mismas como astros deshabitados. El símbolo, al separarse de su raíz ontológica se deviene en ornamento, se convierte en un espejo del yo, en lugar de ser un umbral hacia lo que trasciende al yo.

El uso moderno del lenguaje hermético astros, elementos, serpientes, alquimia, sefirot, ángeles, letras hebreas ha devenido, en muchos casos a una inflación simbólica. Se pretende profundidad a través del uso profuso de signos, pero sin haber sido tocados por la vivencia que los engendró.

La **Golden Dawn**, por ejemplo, construyó un sistema ritual vasto, complejo y lleno de referencias herméticas, pero su centro operativo fue psíquico: trabajaron con visualizaciones, rituales de protección, dramatizaciones internas... sin el silencio que permite que el Nous hable.

Aleister Crowley, aunque conocía aspectos del Corpus Hermeticum, los subordinó a su sistema de voluntad individual (Thelema). El símbolo fue absorbido por el ego mágico. En vez de disolverse en el Uno, quiso divinizarse a sí mismo.





En **Franz Bardon**, se encuentra una técnica admirablemente estructurada, pero cuyo núcleo no trasciende del todo la dimensión anímica. El Yo se ejercita, el Yo se disciplina, el Yo se potencia... ¿Pero se disuelve?

Samael Aun Weor mezcló gnosis, cristianismo y alquimia sexual, pero su modelo es una teología ególatra disfrazada de iniciación. Usó el simbolismo hermético como vehículo para estructuras dogmáticas propias, sin pasar por el Crisol del Silencio.

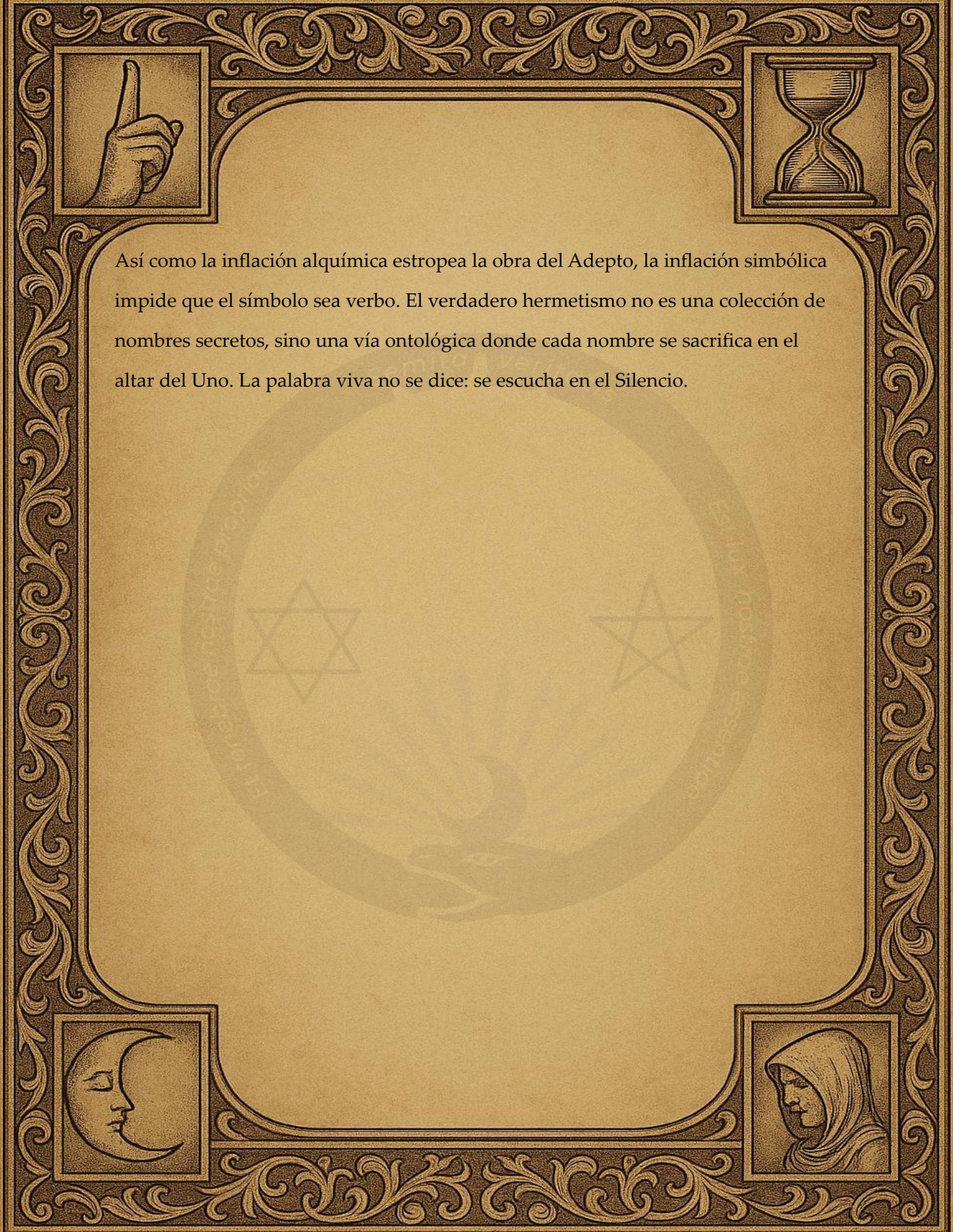
Frente a esta inflación, el símbolo en la tradición hermética verdadera no es una decoración ni un objeto de poder, sino un *verbo revelador*. Todo símbolo debe apuntar a una realidad superior al lenguaje. Ser una puerta hacia lo ontológico, hacia el Ser, hacia el Uno. E invitar al alma a un estado de transfiguración, no de afirmación.

“Que el Uno, no siendo manifiesto, es lo que más manifestado está”.

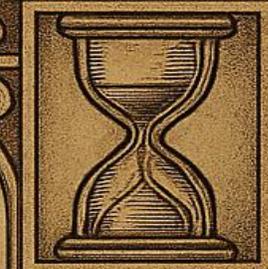
— *Corpus Hermeticum*, Lib. V

Por tanto, todo símbolo debe arder en su propia desaparición. No se contempla para acumularlo, sino para disolverse en lo que señala.





Así como la inflación alquímica estropea la obra del Adepto, la inflación simbólica impide que el símbolo sea verbo. El verdadero hermetismo no es una colección de nombres secretos, sino una vía ontológica donde cada nombre se sacrifica en el altar del Uno. La palabra viva no se dice: se escucha en el Silencio.



CAPÍTULO II: El Egoísmo Espiritual y el Simulacro del Dragón Interior

Vía negativa "lo que *no* es el camino"

Muchos que se dicen buscadores del Uno no buscan al Uno, sino a sí mismos. Anhelan poder, revelación, transformación... pero solo si el yo continúa al mando. Se visten de símbolos, repiten palabras sagradas, acumulan grados y títulos, pero no se entregan a la disolución. Así, el camino espiritual se convierte en un palacio donde reina el ego disfrazado de iniciado.

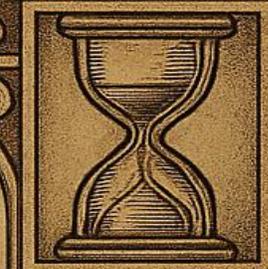
"Tú dices conocer lo divino, pero lo llenas con tus imágenes. ¡Desnuda el alma si deseas ver!"

-OHCS.

En muchos sistemas modernos desde el gnosticismo reinterpretado hasta la magia del caos, la psicología esotérica, e incluso ciertas corrientes neopaganas se ha popularizado la figura del dragón interior como representación de una fuerza de poder personal. En algunos se asocia al "inconsciente profundo", en otros al "ser superior", o incluso al "daimon".

Pero en la alquimia tradicional el draco es un símbolo ambivalente. Es la *prima materia* en su estado más caótico e informe, es el guardián del tesoro, es decir, del





sí mismo auténtico. Y, sobre todo, es el yo sin refinar, instintivo, posesivo, serpentino.

Cuando el dragón no es vencido, devora al alma. Por eso los alquimistas lo dibujaban mordiéndose la cola (ouroboros) ya que en este contexto, actúa como imagen de la autoperpetuación del ego.

Quien hace del dragón su tótem, sin haberlo transmutado, hace del ego su dios.

“El dragón del abismo guarda el oro celeste, pero no lo posee. Solo el fuego lo atraviesa.”

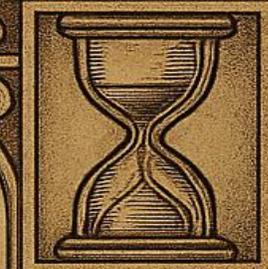
— OHCS

En las doctrinas de autores como **Crowley**, **Bardon** o **Samael**, se percibe una constante: la exaltación *del yo mágico, del adepto como centro del universo, del iniciado que despierta su poder*. Aunque usan símbolos herméticos, no buscan el Uno: buscan *potencia, control, trascendencia personal*.

Pero el verdadero Hermetismo no potencia al yo: lo sacrifica.

El yo no es la meta del camino: es el obstáculo. Todo ego espiritual por sabio que parezca es barro sutil, sombra revestida de luz.





La gnosis auténtica implica el vaciamiento del yo, la entrega al Nous, que es mayor que todo nombre y la aceptación de la aniquilación de la voluntad propia como ofrenda.

“La mayor maldad es ignorar lo divino”.

— *Corpus Hermeticum, Lib. XI*

El mercado espiritual actual ofrece múltiples versiones del culto al yo disfrazado de misticismo:

- **“Descubre tu divinidad interior”** = Afirma tu ego divinizado.
- **“Despierta el poder en ti”** = Enciende el deseo de dominar.
- **“Eres tu propio dios”** = Coronación del ego como absoluto.

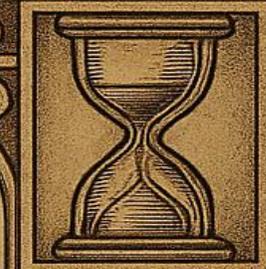
Este simulacro es tan sutil que incluso muchos ocultistas sinceros caen en él.

Pero el Hermetismo verdadero es kenótico: una vía de *vaciado*, de *rendición al Uno*, de *aniquilación en el Nous*. No busca glorificar el alma, sino abrirla para que sea invadida por lo que no es ella.

El egoísmo espiritual es el mayor obstáculo en la vía hermética.

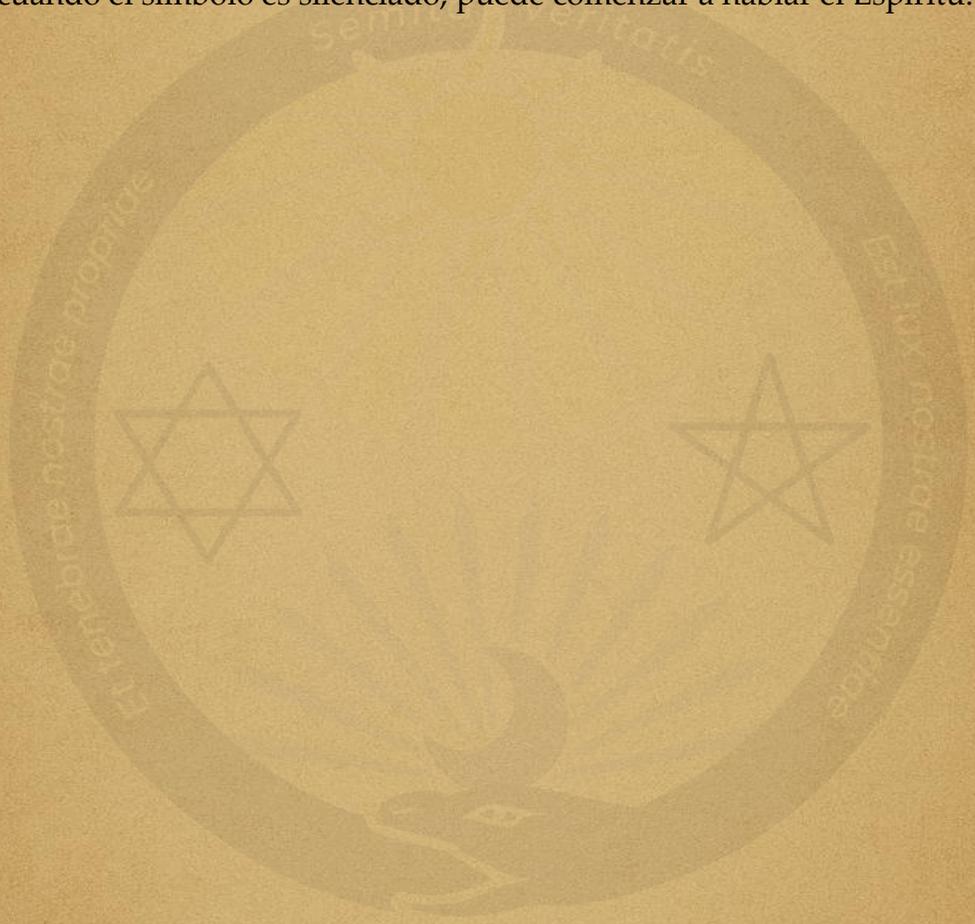
Es el dragón que no ha sido vencido.

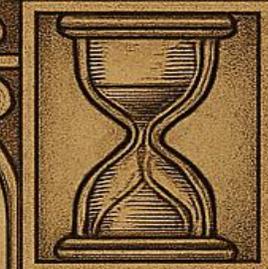




Es la prima materia que se niega al fuego. Solo cuando el yo se sacrifica puede la Luz del Uno penetrar la vasija.

Y solo cuando el símbolo es silenciado, puede comenzar a hablar el Espíritu.





CAPÍTULO III: Del Ritualismo Estético al Contacto con el Nous

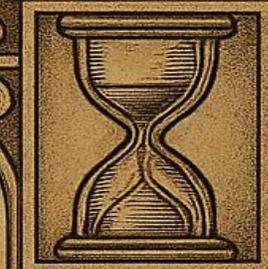
Muchos confunden el acto ritual con la experiencia espiritual. Creen que, por usar ropajes, entonar palabras arcanas, o realizar gestos simbólicos, han alcanzado la comunión con lo divino. Pero el rito sin vivencia es como un cuerpo sin alma: una forma que no respira, un templo sin fuego.

En la tradición hermética verdadera, el rito no es un espectáculo: es una muerte. No es una afirmación de identidad: es una oblación del yo ante la presencia sin forma del Nous.

La mayoría de los sistemas mágicos modernos (especialmente los derivados de la Golden Dawn, Thelema y similares) han convertido el rito en un arte escénico psicoespiritual. Incluso cuando sus símbolos provienen del hermetismo tradicional (hexagramas, nombres egipcios, letras hebreas, fórmulas sagradas), el núcleo se ha desplazado hacia el plano del yo:

- *El ritual se hace para sentirse más poderoso.*
- *Se realiza para lograr estados alterados de conciencia.*
- *Se memoriza para dominar técnicas, no para morir a sí mismo.*





Este es el gran error: usar el rito como expansión del alma en vez de como reducción de la personalidad ante el Misterio.

El rito se vuelve entonces un refinamiento del ego, una estética mágica que entretiene al yo, lo fortalece, lo embriaga... pero no lo disuelve.

"El verdadero sacrificio es el alma entregada en silencio, no los perfumes que llenan el templo vacío."

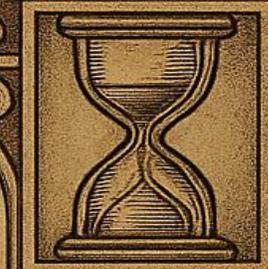
-OHCS

El verdadero rito hermético: oblación ante el Nous

En los textos del *Corpus Hermeticum*, no encontramos ritos formales en el sentido mágico-operativo. Lo que hay es invocación interior, contemplación del Uno, transfiguración por medio de la intelección viva (*noesis*). El rito auténtico es:

1. *Sometimiento del alma al Nous.*
2. *Interiorización del símbolo hasta que se queme en silencio.*
3. *Invocación no con palabras, sino con pureza.*
4. *Contemplación del Uno como abismo sin imagen.*





El verdadero mago hermético no hace del rito una herramienta de autoafirmación, sino de autoanulación.

Donde termina el gesto, comienza el fuego.

Donde calla la voz, habla el Espíritu.

Donde muere el símbolo, nace el Uno.

Teúrgia vs Magia formal

Aquí conviene trazar una distinción esencial:

Magia Formal (moderna)	Teúrgia Hermética
Evocación técnica	Contemplación del Nous
Control de fuerzas	Unión con principios
Potenciación personal	Disolución en lo divino
Simbolismo operativo	Simbolismo ontológico
Voluntad individual	Aceptación del Intelecto divino

La teúrgia no manipula: se ofrece.

El teúrgo no domina: se deja conducir.

El rito hermético es un gesto de vaciamiento, no de construcción.





El ritualismo moderno es ruido en el templo.

Sólo cuando el símbolo se deshace, cuando el nombre se quema en su propio fuego, el Nous puede descender.

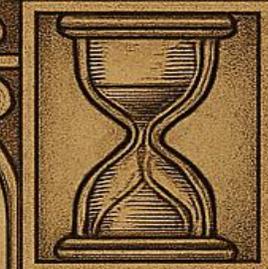
No hay contacto con lo divino si no hay muerte del yo.

No hay iniciación sin silencio.

“El que desea tocar el fuego divino, que se despoje de su carne, de sus palabras, de su voluntad. Entonces, y sólo entonces, el Intelecto le tomará.”

— OHCS





CAPÍTULO IV: Sombra Psicológica vs Nigredo Alquímico

Se ha popularizado, sobre todo en círculos neojunguianos y esoterismos sincréticos, la idea de que trabajar con la sombra es equivalente al proceso alquímico de purificación interna, particularmente al *nigredo*.

Nada más lejano del espíritu hermético.

La sombra, como la entendía **Carl Gustav Jung**, es la porción reprimida del yo: emociones, impulsos y aspectos no integrados de la psique. Trabajar con ella implica reconocerla, integrarla, reconciliarse con el inconsciente.

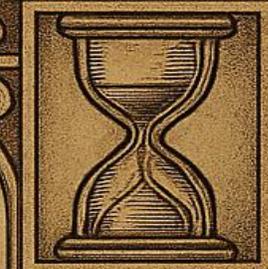
Sin embargo, el nigredo no es integración de la sombra, sino aniquilación de toda forma individual. No busca conciliar al yo con sus partes, sino destruir al yo como totalidad.

“El alma debe ser llevada al fuego, reducida a la nada, y de esa nada renacerá en Espíritu.”

– OHCS

Para Jung, la obra era psicológica: *ampliar la conciencia del yo hasta incluir sus contradicciones*. Este es un acto terapéutico, pero no iniciático. El resultado es un yo más completo, pero aún regido por la psique.





Incluso su concepto de "Sí Mismo" como totalidad del inconsciente personal y colectivo es aún una entidad psíquica, una imagen profunda, pero no el Nous.

El error consiste en suponer que la alquimia, por utilizar símbolos similares, hablaba de lo mismo. Pero el alquimista no busca sanar el yo: busca destruirlo y ofrecerlo.

En la alquimia hermética, el *nigredo* (la negrura) es la primera gran etapa del opus magnum. No es una fase de introspección emocional, sino un estado ontológico de descomposición total. El alma, allí, es enfrentada al vacío de sus falsas identidades. Se derrumban los sentidos, las certezas, la voluntad y hasta la fe.

La nigredo no se interpreta.

Se sufre. Se soporta. Se muere.

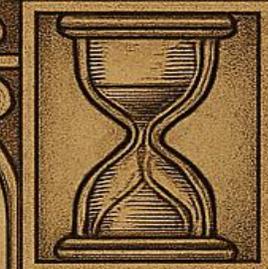
"Has de ser reducido a tierra, disuelto en ti mismo, vuelto barro, antes de que el Intelecto pueda reconfigurarte."

— OHCS

Aquí no hay integración, sino putrefacción sagrada.

El alma pasa por una noche radical: no de emociones reprimidas, sino de ausencia total de luz, para que la Luz real pueda nacer no desde la memoria, sino desde el





Silencio eterno.

Cuando se confunde la psicología con la iniciación. El ego se convierte en paciente, no en ofrenda. Se busca sanación, no redención. Se interpreta todo símbolo como reflejo interno, perdiendo su función vertical.

El Hermetismo no es una terapia.

Es una teurgia del alma.

Quien reduce el símbolo al inconsciente, le corta las alas al símbolo.

Quien reduce la transmutación a integración, niega el fuego del Espíritu.

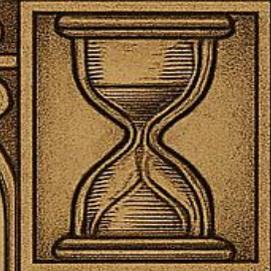
La sombra no es la materia prima.

La psicología no es la alquimia.

El yo completo no es el alma redimida.

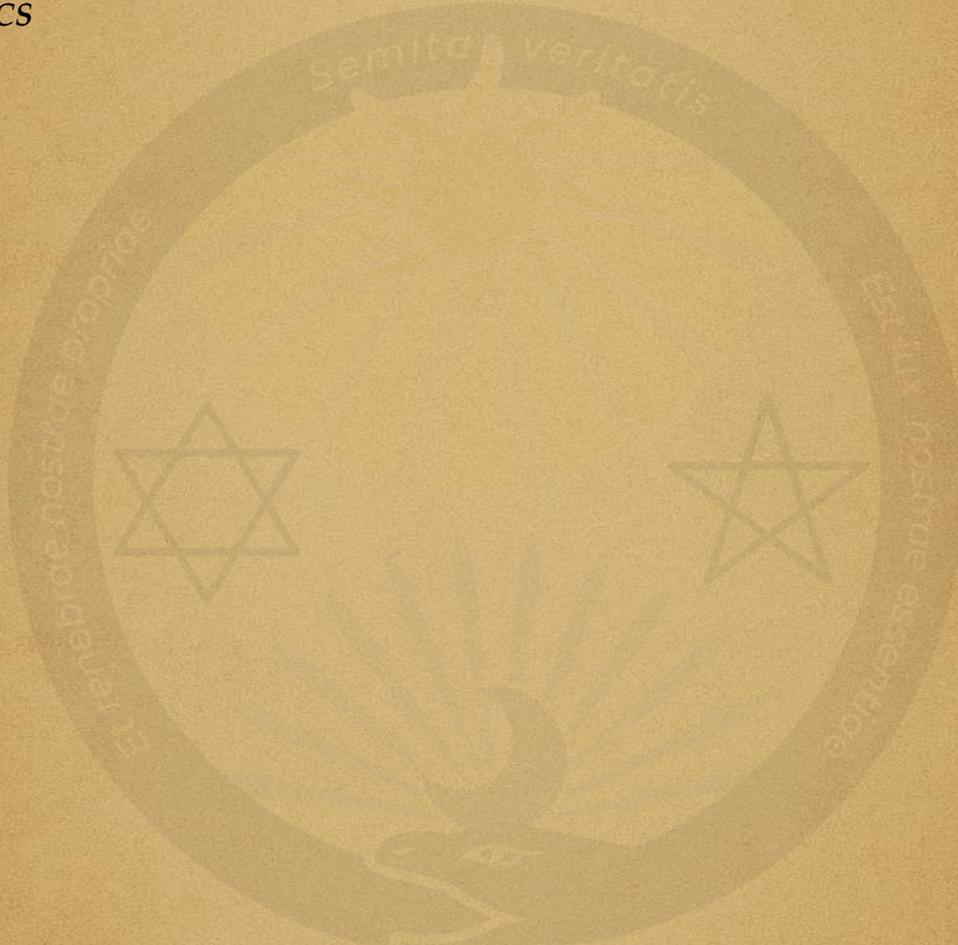
Solo en el crisol de la nada,
cuando el alma arde en su noche sin imágenes,
el Nous puede hacerla nueva.

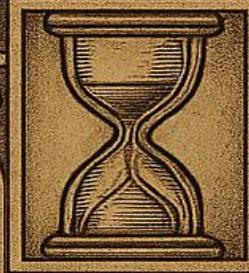




*"Debes convertirte en tierra, alma sin forma, antes de ser sembrado por el
Espíritu."*

— OHCS





Capítulo V: La Restauración del Símbolo como Verbo Transformador

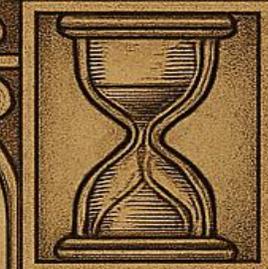
En los tiempos antiguos, el símbolo era más que un signo: era un verbo operativo, un eco visible del pensamiento divino, un puente entre el alma y el Nous. Hoy, sin embargo, el símbolo ha sido degradado a decoración, a ornamento del ego que acumula imágenes, palabras y sellos sin silencio interior. Esta es la tragedia de las escuelas sin hesychía, donde el símbolo es pronunciado sin ser digerido, repetido sin ser interiorizado.

Pero no todo símbolo está muerto. Algunos duermen. Y como el azufre que descansa en la sal, pueden ser reactivados si el mago aprende a callar antes de nombrar. Esta es la restauración que proponemos: un símbolo que se purifica en el fuego del no-decir, que se vacía de ego para volverse canal del Uno.

Hermes, en sus tratados, no acumula dogmas. Cada frase suya parece dicha con la urgencia de quien habla a la orilla del misterio, sabiendo que el exceso de palabras puede sellar el alma en vez de abrirla. Consideremos:

“El alma, cuando se ha separado del cuerpo, es llevada a juicio, y cuando es encontrada impura, no entra en el orden, sino que vaga errante.” -OHCS





Aquí, el símbolo del orden (τάξις) no es un concepto sistemático sino una forma vibratoria, un estado de resonancia cósmica. No se define, se sugiere. Y esa sugerencia penetra más profundamente que cualquier explicación.

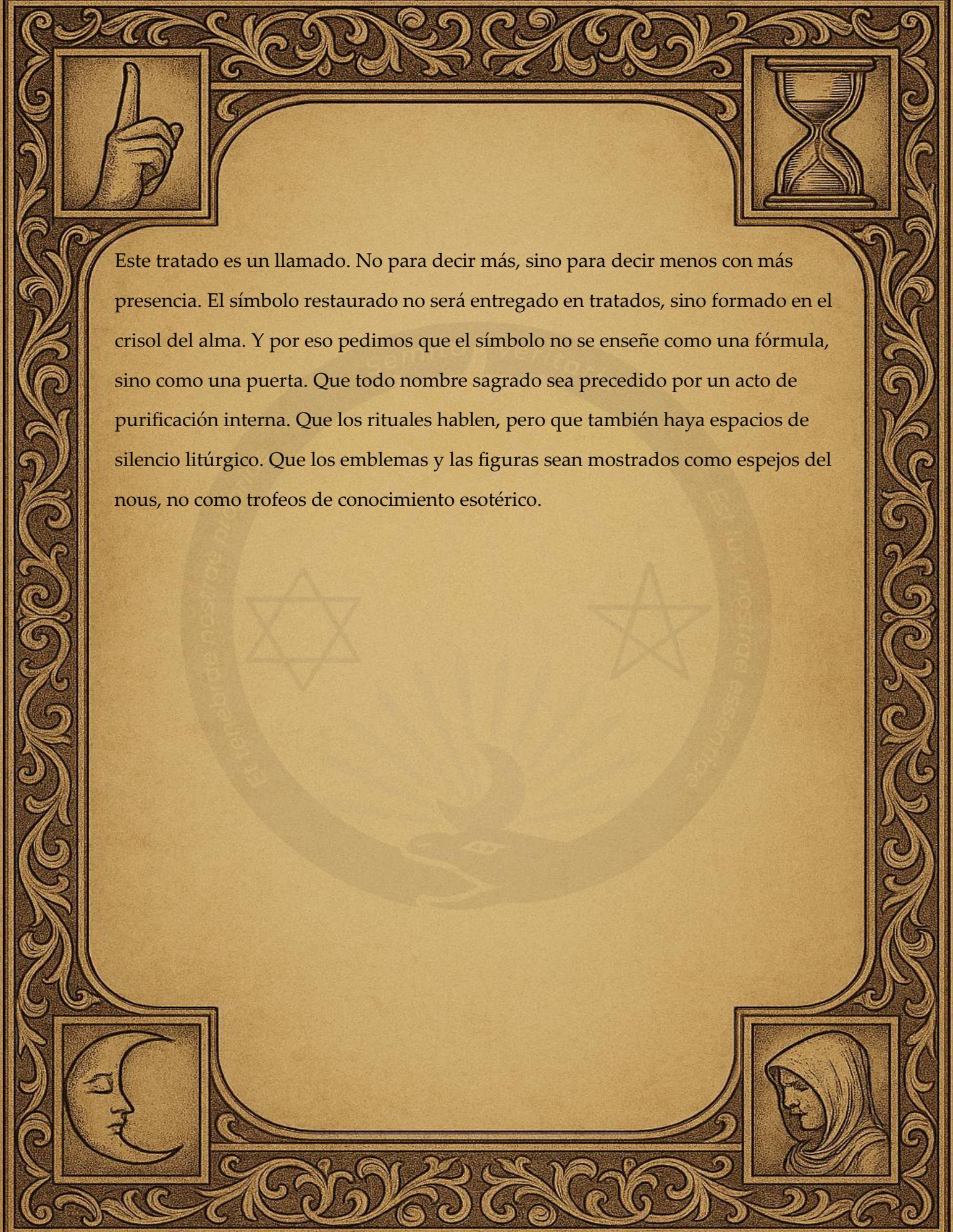
El Corpus Hermeticum está lleno de palabras que se queman para brillar. No para ilustrar, sino para provocar transformación. Tal es el símbolo restaurado: aquel que arde como antorcha en la oscuridad del alma, no como lámpara de biblioteca.

Cuando el símbolo deja de ser una herramienta del ego ilustrado y vuelve a ser un acto de conexión, se produce una inversión: no es el mago quien interpreta al símbolo, sino el símbolo quien disuelve al mago.

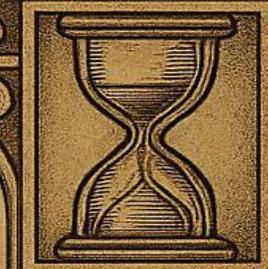
Aquí nace la verdadera pedagogía iniciática: no aquella que imparte, sino la que despoja. El símbolo restaurado desestructura la mente lógica y la lleva al borde de su propio abismo. Allí, en el umbral de la comprensión, comienza la alquimia apofática.

La restauración, por tanto, no es un trabajo académico ni una reforma estética. Es una operación interna. Requiere de aquel que muerde el símbolo sin querer poseerlo, que lo contempla sin profanarlo con su ansiedad de saber.





Este tratado es un llamado. No para decir más, sino para decir menos con más presencia. El símbolo restaurado no será entregado en tratados, sino formado en el crisol del alma. Y por eso pedimos que el símbolo no se enseñe como una fórmula, sino como una puerta. Que todo nombre sagrado sea precedido por un acto de purificación interna. Que los rituales hablen, pero que también haya espacios de silencio litúrgico. Que los emblemas y las figuras sean mostrados como espejos del nous, no como trofeos de conocimiento esotérico.



Capítulo VI: Apófasis como Alquimia del Silencio

“Lo que puede ser dicho es engaño; lo que es comprendido en el Nous, calla.”

— OHCS

La vía del Hermetismo verdadero no concluye en la acumulación de símbolos, ni en la maestría de las correspondencias, sino en su disolución contemplativa. Allí donde cesa la forma, comienza la manifestación inefable del Uno. En este punto, la apófasis el arte de la negación sagrada se revela como el crisol final donde el alma es despojada de sus atributos para volverse receptáculo de lo incondicionado.

Todo símbolo, por profundo que sea, es aún una mediación. Toda forma ritual, por perfecta que parezca, es aún una aproximación. El Hermetismo, cuando es auténtico, nos entrena para abandonar incluso las formas más sublimes, hasta que sólo quede el Silencio que escucha al Uno. En ese vacío, no hay interpretación ni maestro, sólo atención despojada, la mirada sin espejo.

Así como el alquimista reduce la materia a su nigredo absoluto para acceder a su naturaleza oculta, así también el mago hermético reduce sus estructuras discursivas al silencio fértil. La apófasis no niega por capricho, sino que purifica. Es el fuego sutil que calcina las imágenes hasta que el alma queda abierta al “verbo



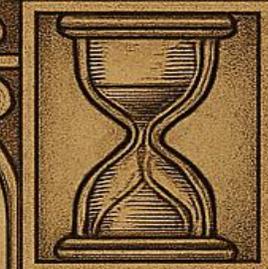


sin palabra”.

La apófasis no es un relativismo, ni una renuncia escéptica al conocimiento. Es un acto iniciático. Allí, la gnosis no se pronuncia: se encarna. Como el logos sembrado en el seno de Isis, la Verdad hermética fecunda al alma en secreto. Y así, como enseñó Poimandres: *“Mientras que, saliendo de la luz... Un Verbo santo vino a cubrir la naturaleza, y un fuego sin mezcla se lanzó fuera de la naturaleza húmeda hacia lo alto, a la región sublime; era ligero y vivo, y activo al mismo tiempo; y el aire, al ser ligero, siguió al soplo ígneo, elevándose hasta el fuego a partir de la tierra y del agua, de forma que parecía colgado del fuego; en cuanto a la tierra y al agua la tierra como algo independiente del agua: y eran agitadas sin cesar por la acción del soplo del Verbo que se había colocado encima de ellas, según lo que el oído percibía”*. (CH I), el iniciado abandona la opinión, el análisis, el espejo de sí, para devenir transparente al Fuego del Nous.

Toda disolución apofática implica también un orden oculto, una geometría del vacío. Este vacío no es ausencia, sino presencia plena que ya no se nombra. La alquimia del silencio consiste en hacer de nuestra mente un Athanor donde el yo es reducido a ceniza, y el Ser brota como aroma invisible, sin forma, sin nombre.

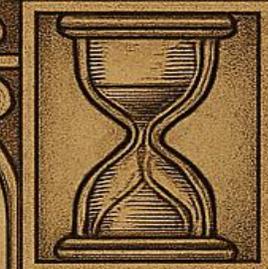




Una vez atravesada la apófasis, el símbolo puede regresar. No ya como ornamento o herramienta psicológica, sino como Verbo viviente. El símbolo hermético no se impone; revela. Su poder no está en la imagen, sino en su capacidad de resonar con el Uno. El nuevo mago, vuelto oyente del Silencio, ya no utiliza los símbolos: los habita. La palabra sagrada ya no se declama: se encarna.

La alquimia del silencio no destruye la Tradición: la purifica. Detrás de cada nombre divino, de cada signo astrológico, de cada figura alquímica, hay un umbral hacia el misterio inefable. Lo apofático, lejos de ser negación de lo sagrado, es su más puro acceso.





Apéndice

Este tratado no ha sido escrito para descalificar a escuelas, autores o corrientes esotéricas. Tampoco busca polemizar con los múltiples caminos que, desde la antigüedad, han explorado lo sagrado. Su propósito es recordar al Hermetismo su verdadera altura, para que no se diluya en el vasto océano de doctrinas, psicologías y ritualismos que han tomado prestados algunos de sus símbolos.

Muchos sistemas contemporáneos desean que el alma se *consagre*: la invitan a sanarse, a fortalecer su identidad, a reconocerse como centro de su propia historia. Pero el Hermetismo auténtico no se detiene allí. No busca el refinamiento del yo, sino su trascendencia. No es una espiritualidad que reafirme la identidad, sino una ciencia del despojo interior, una teúrgia cuyo fin último es la unión con el Nous, el Intelecto Divino que es más alto que toda imagen.

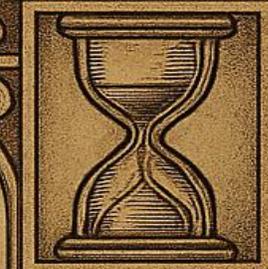
“No es el alma la que debe gobernarse a sí misma, sino el Intelecto el que debe gobernarla.”

— OHCS

Esta es la razón por la que ha sido necesario desmarcar al Hermetismo de otras corrientes. No porque carezcan de valor, sino porque sus fines no son los mismos.

El Hermetismo no es psicología, aunque ilumine la psique. No es magia operativa,





aunque use el rito. No es moralismo, aunque purifique. Su objetivo es más radical: retornar al Uno, donde el yo se extingue como llama que se funde con el Sol.

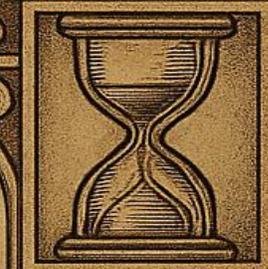
El Hermetismo verdadero no niega a los demás caminos, pero tampoco se confunde con ellos. Su misión no es dialogar con todo lo que se llame “místico” o “esotérico”, sino custodiar una llama que pocos desean abrazar: la llama que consume el ego hasta el fondo, para que lo Eterno pueda habitar.

Por ello este tratado es, ante todo, una invitación. No a acumular símbolos, sino a dejarse atravesar por ellos. No a repetir fórmulas, sino a vivir el Silencio. No a engrandecer el alma, sino a permitir que el Uno la transfigure.

Que quien lo lea no quede en el debate, sino en la búsqueda.

Que este recordatorio despierte en algunos la nostalgia del Fuego original, aquel que Hermes encendió en los corazones dispuestos a perderlo todo... para hallarlo Todo.





Bibliografía

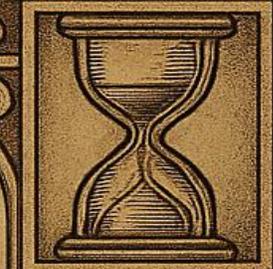
Textos Herméticos Clásicos

- **Corpus Hermeticum.** Trad. Walter Scott / Brian P. Copenhaver. Harvard University Press.
- **Asclepius (o *Discurso Perfecto*).** Trad. Jean-Pierre Mahé, en *Hermès en Haute-Égypte*, Les Belles Lettres.
- **Fragmentos Herméticos Menores.** Recopilados en *Hermetica*, ed. Arthur Darby Nock y A.-J. Festugière.

Neoplatonismo y Filosofía Contemporánea al Hermetismo

- **Plotino.** *Enéadas*, especialmente VI.8, VI.9, V.1 y V.3. Trad. Émile Bréhier / Armstrong, Loeb Classical Library.
- **Proclo.** *Teología Platónica y Elementos de Teología.*
- **Jámblico.** *Los Misterios de Egipto.*
- **Dionisio Areopagita.** *Teología Mística y Los Nombres Divinos.*
- **Pseudo-Macario.** *Homilías Espirituales.*



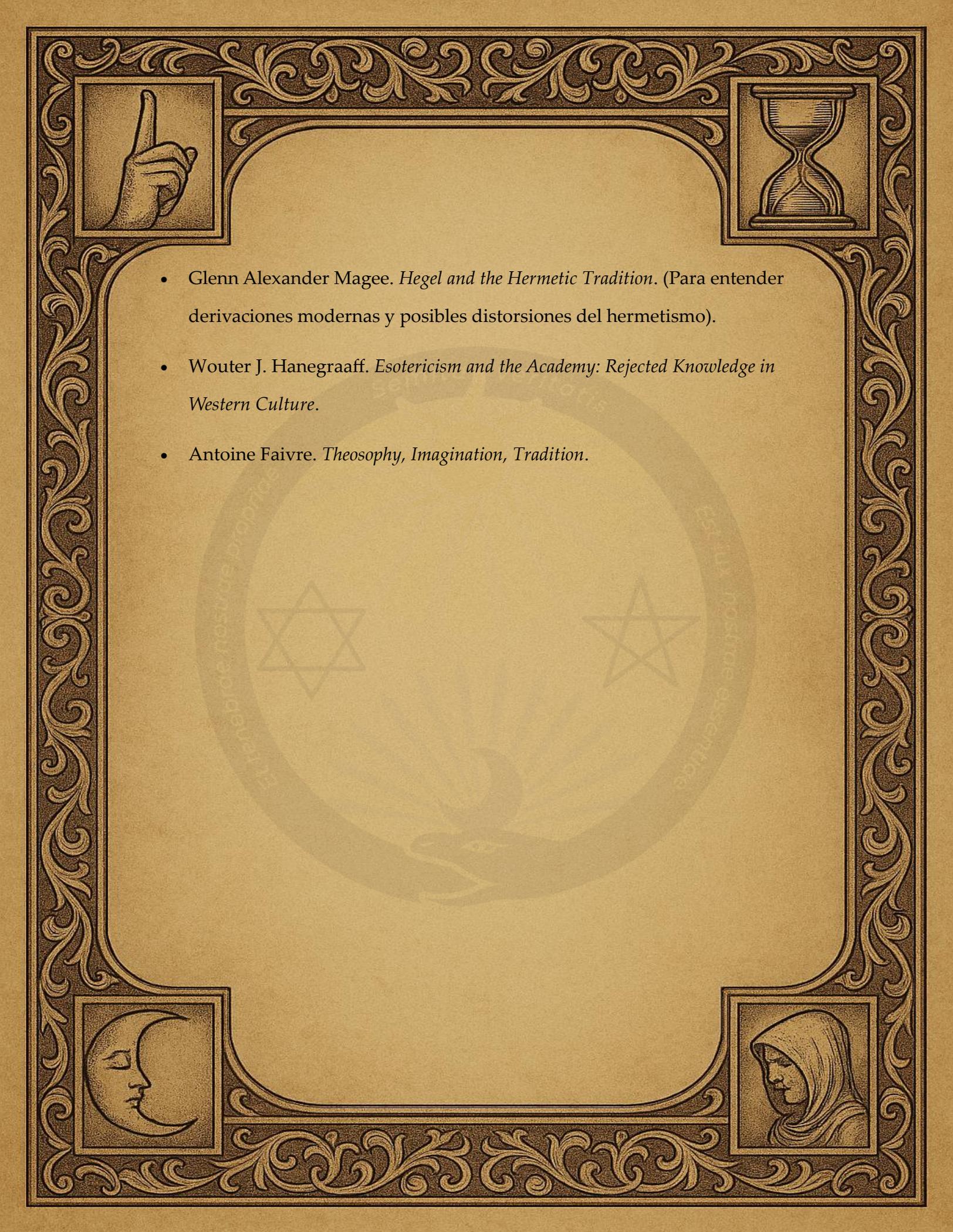


Estudios y Comentarios Contemporáneos

- Antoine Faivre. *Acceso al esoterismo occidental*. Ed. Siruela.
- Christian Jacob. *El Mago y el Hermetismo: lectura simbólica del Corpus Hermeticum*. (Artículo académico).
- Jean-Pierre Mahé. *Hermès en Haute-Égypte*. Les Belles Lettres, 1978-1982.
- Garth Fowden. *The Egyptian Hermes: A Historical Approach to the Late Pagan Mind*. Princeton University Press.
- Pierre Hadot. *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Alianza Editorial.
- Pierre Hadot. *Plotino o la simplicidad de la mirada*. Siruela.
- Algis Uždavinys. *Philosophy and Theurgy in Late Antiquity*. Sophia Perennis.
- Algis Uždavinys. *The Golden Chain: An Anthology of Pythagorean and Platonic Philosophy*.
- Keith Critchlow. *The Hidden Geometry of Flowers*. (Para reflexiones cosmológicas simbólicas desde lo no-dual).

Crítica a corrientes contemporáneas



- 
- Glenn Alexander Magee. *Hegel and the Hermetic Tradition*. (Para entender derivaciones modernas y posibles distorsiones del hermetismo).
 - Wouter J. Hanegraaff. *Esotericism and the Academy: Rejected Knowledge in Western Culture*.
 - Antoine Faivre. *Theosophy, Imagination, Tradition*.